

Apenas levantaba un palmo del suelo cuando de la espalda de Mibel brotaron sus alas. Las batió con prudencia, sintiendo un cosquilleo excitante por toda su espalda. Insistió después con fuerza y comprobó su potencia, su textura y su extraordinaria fortaleza. La calidad de sus alas eran sinónimo de grandeza para su gente, y las suyas eran cercanas a la perfección.

Llegó el momento de alzarse sobre el yermo y señorear su dignidad. Se valió con el descaro propio de su raza de las leyes de la física y voló sobre las flores, sorteó la alta maleza, esquivó con destreza la nube de gruesas lianas y llegó al estanque de los sueños. Cruzó el sendero de nenúfares de salto en salto, después se burló de ellas: bajó hasta casi tocar la superficie del agua e hizo creer que caminaba sobre ella.

Puso sus pies de nuevo sobre la tierra, en la orilla del estanque. Oteó su reflejo en el agua y le dio la espalda. Con el rabillo del ojo las admiró, su preciado tesoro, su estandarte de mayoría de edad. Tan bellas, que con seguir su contorno con la mirada sintió como la felicidad la inundaba.

Entonces, se dio cuenta de que estaba sola.

Oberón se olvidó de ella. El señor de la raza se las llevó a todas a otro lugar porque un miedo que no llegó a confesar le hizo capitular de su reinado en el bosque. Los animales también desaparecieron, ni un triste guijarro quedó por nostalgia. Sólo Mibel.

Rescató un recuerdo de su memoria, la letra de una vieja canción que hablaba sobre un árbol con voz y pensamiento. Con las estrofas como guía alzó el vuelo hasta avistar el corazón del bosque, donde un enorme e

imponente sauce yacía, y fue hasta él.

Alcanzó la copa en busca de los labios del sauce, pero nada más que un grueso tronco encontró, ramificado y frondosamente coronado. Mibel saludó con un sentido susurro, ahogada por la tristeza de sentirse sola, y el sauce, enternecido por aquel sentimiento, le contestó.

-Tú debes ser la última -supuso con acierto el viejo árbol.

Mibel no lo entendió. En su vida había oído la palabra 'última', pues no era un concepto propio de su especie. El sauce le aleccionó sobre su origen en el mundo material, de su lugar en la matemática y del descubrimiento de ésta por parte del Hombre.

-El Hombre -repitió Mibel.

Y el sauce le habló del Hombre, que era ni más ni menos que el recipiente de aquel bosque. Espíritu lo llamaban ellos.

Preguntó entonces Mibel por el camino tras los pasos de su señor Oberon, pero el sauce no tenía respuesta. El alma del Hombre estaba a punto de cambiar, había descubierto el metal y su corazón volvería de un asfixiante gris el bosque, y fue este prefacio el que empujó al señor de Mibel a disponer el éxodo. Algo se dijo sobre asentarse en los alrededores del averno, quién sabe, pero nada certero se promulgó. El nombre del destino no fue compartido.

El sauce habló también del destino elegido por el bosque. Una última morada en la profundidad para ser visitado por el Hombre sólo a través de los caminos de la imaginación. Un lugar de retiro a donde Mibel no podía ir.

Las estrellas se desvanecieron sobre el bosque. El cielo se oscureció y

estremeció.

-Busca un lugar y abandónate al sueño eterno -recomendó el sauce a Mibel-. No te quedes aquí, la muerte es un trance que tú no mereces. Aprisa, porque ya viene.

-¿Qué viene? -preguntó ella.

-La Modernidad.

Comenzó a llover, y las gotas eran grises, espesas y malolientes. El bosque entero tembló y Mibel se precipitó al vacío. En plena caída empleó sus alas y trató de retornar a la cima del sauce, pero el fuerte viento le vedaba el ascenso y la lluvia negra la golpeaba sin piedad.

Llegó entonces la tormenta, y una horda de rayos descendió sin compasión. Un gran relámpago nació de entre las nubes, justo sobre el gran sauce, y se lanzó en picado como su labor que era. Quería acabar con la gran voz del bosque.

La astucia y el tesón se aliaron con Mibel, no permitiría que el poder del rayo destruyera al corazón del bosque. Sacó fuerzas, concentró sus sentidos y lo volvió a intentar. Esquivó la lluvia, la corriente, las hojas mugrientas que el agua arrancó al sauce y precipitó consigo.

Y justo cuando la cabeza del relámpago tocaba la copa del sauce, Mibel se interpuso.

Le detuvo.

Le negó el paso y pidió no clemencia, sino respeto por la valiosa vida del sauce. Ordenó su retirada y vuelta a la borrasca. El rayo, impresionado por

Las hojas de Mibel – Finalista I Certamen de relato Bosque de Cebrían

aquella valentía, aguardó a la llegada del trueno, momento en que expresó con palabras su pesar por no poder complacerla. Él, poderoso suceso de la naturaleza, era presa de los elementos. Nacía arriba y moría abajo, así había sido y así debía de ser.

Mibel se arrodilló derrotada. Iba a perder su única compañía, después su hogar, y por último, la vida. La lección aprendida era terrible, su heroica superación y su nobleza pura no valían nada.

Entonces, algo llamó la atención del rayo.

Aquellas hermosas alas.

-Dame tus alas y seré libre -pidió-. Y en libertad me marcharé de aquí, y el buen sauce vivirá.

Ella comenzó a llorar, sabía que era cierto. Lo oyó una vez en otra vieja canción. Acarició sus alas, tan bellas, tan suaves, tan perfectas. Nacían no de su espalda, sino de la pureza de su corazón.

Pero también amaba el bosque.

Se las arrancó con un grito desgarrado. Se arrastró con ellas entre sus brazos y las entregó al rayo. Él dio testimonio de la verdad de aquella canción y de su promesa, y en libertad, como bien dijo, se fue.

Fría, Mibel se acurrucó. El calor de su cuerpo la había abandonado, era hora de morir.

El sauce, conmovido por aquel sacrificio, no tuvo palabra. La acogió entre sus ramas y la rodeó de una luz que no prendía desde los tiempos antiguos. La pequeña Mibel quedó convertida en una hoja azul enraizada en el propio

Las hojas de Mibel – Finalista I Certamen de relato Bosque de Cebrían

sauce, en la cima de la rama más alta, y la llevó consigo al retiro del bosque.

Allí reposó, en su hogar, en paz. Y de vez en cuando, fue evocada por la imaginación de hombre y mujeres, musas o artífices de serendipias.

Fueron llamadas las hojas de Mibel.